

Piazzolla 100 años: el ángel vive

Marcelo Rodríguez Scilla



22

Revisando una enorme pila de elepés, prolijamente acomodados al lado del Wincofon que había en mi casa, encontré entremezclada con los más diversos tipos de música la figura en blanco y negro del “hombre” con su bandoneón abierto y desafiante. Era el álbum *Adiós Nonino* de Astor Piazzolla y su Quinteto. Me resultó familiar el nombre Piazzolla. Estaba seguro de haberlo escuchado o leído alguna vez. Estuve a punto de dejarlo nuevamente en su lugar cuando la curiosidad pudo más y lo puse en el tocadiscos para escucharlo. En ese momento yo era un adolescente estudiante del Conservatorio Nacional de Música. Sabía que mi vida era la música. No soñaba con otro destino que no fuera el de componer, dirigir o estar en un esce-

nario tocando. Lo que no sabía era que ese elepé influiría tanto en mi futuro musical. Fueron esos sueños y esa convicción interna la que me llevó a crear en 1979 el Grupo Vocal Encuentro y más tarde, en 1986, la Camerata Porteña.

Precisamente en 1979, después de pensarlo muchas veces, fue que me animé y le dejé al Maestro Piazzolla, en la oficina de su manager y amigo, Atilio Talin, un sobre con algunas de mis primeras composiciones. Poco tiempo después tuve la suerte de recibir su aliento por esas músicas. También tuvo la generosidad de ofrecerme sus inestimables consejos entre los cuales estaban el de seguir estudiando y escribiendo y el de intentar formar mi propia

orquesta. Así, con su apoyo, nace en 1986 la Camerata Porteña.

Piazzolla fue (es) un enorme compositor. Su revolución musical no sólo renovó el tango sino toda la música occidental de la segunda mitad del siglo xx. Su impronta es perceptible con escuchar solamente dos o tres compases de cualquiera de sus obras.

Nos dejó una oleada de nuevas ideas en sus células rítmicas, en los pasajes melódicos y en las progresiones armónicas que escribió, pero, sobre todas las cosas, marcó a fuego un nuevo estilo musical.

Podría escribir muchas hojas describiendo las particularidades de su obra, pero claro está, es mucho mejor que ustedes dediquen su preciado tiempo en escucharlo a él y no en leerme a mí.

Su legado es enorme. La belleza de su creación llena de regocijo el alma. El ejemplo de su constancia y dedicación nos reafirma la idea de que el talento solo no alcanza. La firmeza en sus convicciones fue inequívocamente un factor que le permitió seguir adelante pese a las vicisitudes. Todas estas características lo enaltecen como músico y como persona.

En 1989 le dediqué una música que titulé *El ángel vive*. Al recibirla, se dispuso con su bandoneón a tocar los primeros compases y me preguntó: “¿Así soy yo?”, para luego agregar: “¿por qué *El ángel vive*?”, a lo que respondí: “Ángel, porque usted ha titulado así muchas de sus obras, y *vive* porque creo, tal como usted dijo, que su obra se va a escuchar en el año 3000”.

Esa obra, tiempo después, se convirtió en la *Suite El ángel vive* (M. Rodríguez Scilla A. Borgo), que relata musicalmente algunos de los aspec-

tos más relevantes de su vida musical. La obra consta de seis partes: Pichuco, Nadia, Sueño tango, Lo que vino, Agitación y El ángel vive.

Esta composición, que tuvimos la suerte de estrenar y grabar con la Camerata Porteña, habla de lo que ha significado para nosotros el Maestro Astor Piazzolla. Nuestro permanente y único homenaje ha sido, y será, defender día a día la música que queremos, entre las que claramente está la de él. Su música ha estado presente en todos y cada uno de nuestros conciertos desde 1986 hasta la actualidad. La historia de la cultura del hombre nos muestra claramente que, invariablemente, los grandes artistas se han nutrido del legado que otros hombres les han dejado, y a partir del mismo han sembrado su obra para las próximas generaciones.

No debemos perder de vista que Astor Piazzolla, como miembro de esa comunidad, nos dio un claro mensaje: nutrirnos de su creación para mirar hacia delante, para anticiparnos al futuro, para seguir renovando. Y en eso debemos trabajar.

Debemos cuidarnos más que nunca de los dogmáticos del renovador, paradoja que está ligada invariablemente a la mediocridad de aquellos que quieren atar las alas de la creación, que prefieren la comodidad.

Que no quepa duda: lo mejor que podemos hacer para mantener viva la obra creadora de Piazzolla es intentar imitar su inagotable voluntad de superación. Sólo así seremos fieles representantes de su pensamiento.

Marcelo Rodríguez Scilla. Director de la Camerata Porteña.